

CAPÍTULO VI.

UN NUEVO PERSONAJE.

En una elegante habitacion de la calle de Atocha encontraremos al simpático conde del Redil, con quien nos es forzoso trabar conocimiento. Era de estatura más bien alta que baja, y su edad no pasaba de los treinta; franco y expresivo su rostro, estaba ligeramente tostado por los rayos del sol tropical, dando á su fisonomia cierta severidad su barba negra y lustrosa, al par que sus rasgados ojos, cuya penetrante mirada parecia querer profundizar el fondo de las almas. Hallámosle acompañado de su secretario, el cual leia en alta voz cuanto el conde le iba indicando, mientras éste paseaba el gabinete cruzadas las ma-

nos á la espalda y la mirada fija en la alfombra, sin, al parecer, cuidarse de la lectura. De pronto exclamó parándose frente al lector:

—A ver, repita usted ese párrafo, pues no sé por qué me interesa cuanto á ese joven atañe.

El secretario leyó de nuevo uno del periódico que tenia en la mano, el cual decia así:

«El libro del Sr. de Velasco, titulado *El Mundo á vista de pájaro*, del cual hace algunos dias viene ocupándose la prensa, no solamente ha sido aprobado por la Real Academia Española, sino que ésta, se ha ofrecido á costear la impresion en beneficio de su autor. Segun noticias fidedignas, cada ejemplar costará doscientos reales; se imprimen diez mil ejemplares y son tantos los pedidos, que se cree habrá que hacer muy pronto una segunda edicion. Por esta vez el talento da gloria y fortuna. El Sr. de Velasco ha tenido la galantería de conceder autorizacion para traducir su

obra, á Inglaterra, Francia ó Italia. Saludamos con el mayor entusiasmo al insigne ingenio.»

—No se le olvide á usted traerme dos ejemplares para mi biblioteca, repuso el conde una vez terminada la lectura.

—Está bien, señor conde.

—Tengo vehementísimos deseos conocer á ese jóven, y no he de cejar hasta conseguirlo, pues me han hablado de él en tales términos que por honrado puede tenerse quien consiga estrechar su mano.

—Le conozco, aunque no le he tratado.

—¿Usted?

—Sí, señor conde; estaba yo en el café Suizo cuando ocurrió el pequeño altercado entre él y el baroncito del Monte, que dió por resultado la escena con el inglés.

—¿Cómo?... ¿Usted fué testigo del hecho?

—Sí, señor.

—Hombre, sírvase usted referírmelo, dijo el conde arrellanándose en una butaca:

pues si bien lo leí en los periódicos, no merecen el crédito que usted.

—Con mucho gusto, contestó el secretario. Y contó lo sucedido en el café Suizo, tal como mis lectores lo presenciaron, cuyo verídico relato hizo fruncir más de una vez el ceño al conde del Redil, y acabado el cual, repuso:

—¿Y el baroncito osa provocar altercados con personas de tal valía?

—Osa más, señor conde, osa mofarse de él por el mero hecho de vestir modestamente.

—¡Oh! ¡Todos lo mismo!... ¡Es hegencia de familia! Vanidosos, frívolos, necios, llena de humo la cabeza y seco el corazón... Suspiró el conde, y dirigiéndose á su secretario, continuó:—Puede usted retirarse, Larrosa, y no olvide mis encargos.

Saludó este respetuosamente, y acto continuo agitó el conde el cordón de la campanilla no tardando en presentarse su ayuda de cámara. Este era un hombre entrado en años, el que se vanagloriaba de haber

sostenido en sus brazos al conde en su niñez, por lo que se permitía con él cierta familiaridad, que era acogida con la mayor benevolencia, pues más que á un sirviente, veía en él al hombre que aguantaba sus impertinencias desde su infancia.

—Preparáme un traje cualquiera y la capa, díjole.

—Advierta el señor conde que no hace pizeca de frío, objetó el anciano.

—Lo sé, Rafael, mas traéla por si lo hiciera.

Salió éste si replicar palabra, y murmuró para sí el conde dando una rápida ojeada á un hermoso reloj que sobre la chimenea habia: Las nueve; aunque no siempre sale á las mismas horas, esta es la que con más frecuencia acostumbra á ejercer sus actos de caridad, porque está segura de no ser vista por quien la conoce. ¡Oh, sublime mujer! . . . Si ella la igualara. . . La asemejara siquiera! . . . Seguidamente pasó á su tocador, donde esperaba el ayuda de cámara despues de preparar

las prenda que el conde pidiera. Vistiólas éste sin proferir una palabra, haciendo caso omiso de las significativas miradas del llamado Rafael, que reventaba por hablar, más por husmear dónde podria ir el conde tan de mañana y embozado, y con igual silencio saliera, si aquel no exclamara temiendo le ahogaran las palabras que tenía recogidas:

—¿El señor conde tiene alguna órden que darme?

—Ninguna.

—¿El señor conde almorzará á la hora de costumbre?

—El señor conde almorzará cuando esté de vuelta.

—¡Hum! . . . murmuró para sí el sirviente: ¡qué borrascoso está el tiempo!

Embozado hasta los ojos encaminóse el del Redil á la calle de Espoz y Mina, y tomando todas las precauciones para no ser visto, empezó á rondar un ancho portal, no desconocido del lector. No hubo de rondarlo mucho, pues á los pocos minutos

salieron de él tres mujeres, envueltas en espesos velos, por entre los cuales era imposible distinguir sus facciones, y salvaron su dintel, dirigiéndose con precipitado paso hácia la plazuela del Ángel. Cuando estuvieron á regular distancia salió el conde de su escondite, y tomó la misma direccion que ellas, murmurando entre dientes:

— ¡Tres! . . . otra vez tres . . . ¿quién será la tercera? . . . La duquesa tiene una amiga . . . Mas, ¿saldrian juntas de la casa? . . . ¿Por qué no? ¡Oh! no cabe duda; hoy me afirmo más en lo que hace días voy sospechando. ¿No podria tambien ser una de las inglesas? . . . ¿Mas por qué tanto acompañamiento? ¡Oh, por mi vida que no he de regresar á mi casa sin haber descubierto la incógnita!

Así, haciéndose el pro y el contra, y siguiendo á las tres tapadas, empezó á enredarse por callejuelas contiguas á la calle de Atocha, yendo á parar á un callejón sin salida, á cuya última puerta, pintarrajeada de azul y negro, entraron una á una

las tres damas, por serles imposible entrar dos de frente. Tras ellas, con la mayor cautela, siguió el del Redil, y favorecido por la oscuridad de la escalera, encaramóse por ella, y despues de subir ciento tres escalones, atravesó un húmedo y pestilente corredor, á cuyo extremo adivinábase mejor que se veía, una negruzca puerta ligeramente entornada, que salvaron las tres señoras, y seguidamente el conde, procurando desde luego ocultarse en una especie de recodo que formaba aquella, desde donde podia ver sin ser visto, y en caso de necesidad tomar fácilmente la retirada. Cuando sus ojos fueron acostumbrándose á la opaca luz que tímidamente entraba por los sucios papeles y negras telarañas que hacian veces de cristales á una pequeña ventanilla, hubo de cerrarlos dolosamente ante el cuadro que á ellos se presentaba. Tendido en un rincón veíase, ante todo, á un hombre, cuyo asqueroso aspecto bastaba á aterrorizar á la mujer ménos miedosa. Sacando medio desnudo su único brazo por

la que en algun tiempo tendria forma de levita, cubierto en parte su pecho, si cubrir pueden algunos jirones de tela pendientes de un cuello de camisa, largo y erizado el cabello, en desórden la canosa barba, y tapado un ojo con un pañuelo, en el cual habia gruesas manchas de sangre, que se reproducian en toda su persona, aunque en ménos cantidad y tamaño.

Tres escuálidos muchachos, agrupados en derredor de él, de los cuales el mayor contaria apénas once años, que con los ojos desmesuradamente abiertos, y dando diente con diente, arrimábanse cada vez más á aquel hombre, como buscando un calor que él no sentia. A poca distancia lloraba una niña de unos siete años, cuyos demacrados brazos sostenian una tierna criaturita, ó mejor dicho, el esqueleto de tal; destacando en medio de tanto infortunio un lienzo pintado al óleo, reproduciendo á una mujer jóven y hermosa, rica y elegantemente vestida, cuya serena mirada fijaba en aquel cuadro desgarrador, del cual parecia mo-

farse con una desdenosa sonrisa. Al entrar nuestros personajes en tan tétrico aposento oyóse una triste vocecita que exclamaba:

—Papá . . . ¡que se muere Antoñito!

—Dichoso él, hija mia, así muriésemos todos.

La presencia de las tres damas hizo levantar del suelo á aquel hombre, á cuyo horrible aspecto una de ellas retrocedió algunos pasos, accion que no escapó á la mirada del conde, é hizo que con mayor insistencia esperase el momento en que levantara el velo que la ocultaba á sus ojos. No tardó en quedar descubierta el noble semblante de la duquesa, la que, indicando con un ademan, que nadie se moviera, paseó sus ojos por tan triste cuadro, y repuso:

—¿Todos son hijos de usted?

El hombre hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¡Infeliz! . . . prosiguió Adriana; este

horrible cuadro disculpa su atentado de anoche.

—No, jamás, señora; yo iba á ser ladrón á legar la deshonra á mis hijos; no hay perdón para mí. . . .

—Pero no lo fué usted, Dios le detuvo en su horrible camino.

—¡Sí, fué Él! . . . ¡reconozco que fué Él! . . . Salí con ánimo decidido de robar un pan con que apagar la devoradora hambre de estos infelices, y encarándome con el primer transeunte que me deparó la suerte, pedíle temblando el dinero que llevase; mas su respuesta fué descargar su puño sobre mi rostro, inúndándole de sangre la pérdida de este ojo. Yo yí en tan terrible golpe el castigo del cielo, y oí el grito de mis honrados padres que dejaban sus tumbas para maldecirme; y trémulo, pudiéndome sostener apénas por la pérdida de la sangre que manaba de mi herida, caí á los piés de aquel hombre pidiéndole perdón. Él, léjos de abandonarme á mi suerte, ayudóme á sostener, diciéndome:

—Tú no eres ladrón.

Estas palabras vibraron en mis oídos cual música celeste; penetraron en mi pecho cual bálsamo suave que mitigaba la herida que en él habia abierto la idea del crimen, y lloré. . . . sí, señora, lloré como hero ahora. . . . ¡yo ladrón! . . . ¡hijos de mi alma! ¡ladrón vuestro padre! . . .

Un coro de lágrimas contestó á las palabras de aquel desgraciado; la duquesa continuó, secándose las suyas:

—Aquel hombre le acompañó á usted hasta aquí, contempló el cuadro que yo contemplo, y. . . .

—Poniéndome una moneda de oro en la mano, me dijo; despues de pedirme perdón por el daño que hiciera en mi rostro: Valor, mañana cambiará su suerte de usted y la de sus hijos. . . . Aquel hombre era un enviado de Dios para detenerme en el camino del crimen; ustedes, tres ángeles que vienen á contemplar su obra. . . . hijos míos, besadles las manos.

—Basta, exclamó la duquesa haciendo

ademan á los niños de que no se movieran y prosiguió: Aunque nada puede juzgarse del aspecto de usted, una voz secreta me dice que habrá usted tenido una regular posicion.

—Se lo dice á usted esta pintura, dijo el infeliz señalando el lienzo; este alegre semblante que parece insultar nuestros quebrantos. Sí, ambos somos culpables de nuestra ruina, de nuestra miseria de nuestro crimen; ella por vana y caprichosa, por condescendiente yo. ¡Ay de la mujer cuya corazon no encierra más que vanidad y orgullo, cuya cabeza solo se ocupa de galas y placeres! ¡Ay del marido que la posee! ¡Ay de los hijos que la llaman madre!... El marido acaba por ser ladron, los hijos...

Un ahogado sollozo interrumpió las palabras de aquel pobre hombre, que hizo fijar todos las miradas en la señora que aun permanecia con el velo echado sobre su rostro, pues de su pecho salia, á la que tomó Adriana por la mano, murmurando en voz baja:

—Sí, querida, ésta es la verdad y continuó dirigiéndose á aquel desgraciado. No más, su infortunio de usted es grande y necesita pronto remedio: bendiga usted á la Provincia y pídale algunos años de vida para poder guiar á sus hijos por el camino de la virtud.

Un agudo grito siguió á las palabras de la duquesa. Era que la niña habíase asustado al aspecto y estremecimientos de su pobre hermanito. Acudió Adriana á consolarla, y en tanto que la anciana nodriza procuraba hacer entrar en calor á los tres muchachos, la compañera de la duquesa tomó en sus brazos al tierno infante que perecia de hambre y frio, y poniéndole al calor de su agitado pecho y acercándolo al suyo su rostro, procuraba devolverle la vida con su aliento. Mirábala Adriana con una especie de éxtasis, como mira una madre las primeras habilidades de su hijo; luego repuso dirigiéndose al desgraciado padre:

—Este niño ¿ha terminado su lactancia?

—No, señora; su desgraciada madre, esta señora que vé usted aquí adornada de perlas, continuó señalando el cuadro, murió de hambre hace ocho dias con esta criatura pegada á su pecho, seco cual un leño; desde entónces vive este angelito por pura misericordia de Dios.

—Pronto, Ana, exclamó la duquesa; ve sin perder momento, á buscar un ama para ese niño; quizás aun sea tiempo de salvarle.

—Si, Adriana, sí; repuso con alegría la que le tenia en sus brazos; yo siento latir su corazon y percibo su débil aliento. Mira, mírale, ya abre sus ojitos; ¡qué hermosos son! Y estampó un sonoro beso en su frente.

—¿Me llevo el niño ó vuelvo con la nodriza? preguntó Ana.

—No, Adriana, prosiguió su compañera: que no se lleven al niño: ¡está ahora tan abrigadito! Mira, mira, levanta sus bracitos como si quisiera abrazarme. ¡Oh, qué monísimo es!

Un débil lloro salido de aquel tierno pecho que la caridad habia vuelto á la vida, pintó la alegría en todos los semblantes, ménos en el del infortunado manco, que tan afectado le tenia cuanto pasaba en su derredor, que parecia un autómeta.

A los lloros del niño empezó su bienhechora á mecerlo en sus brazos, y viendo que no se consolaba, probó á pasearlo por el aposento mientras esperaba la vuelta de Ana; mas al acercarse á la puerta detúvola una voz, salida al parecer, de las mismas paredes:

—¡Lola! dijo, ¡es Lola!... ¡la he visto bien!

Retrocedió ésta asustada, pareciéndole ver que una negra sombra huía hácia la escalera.